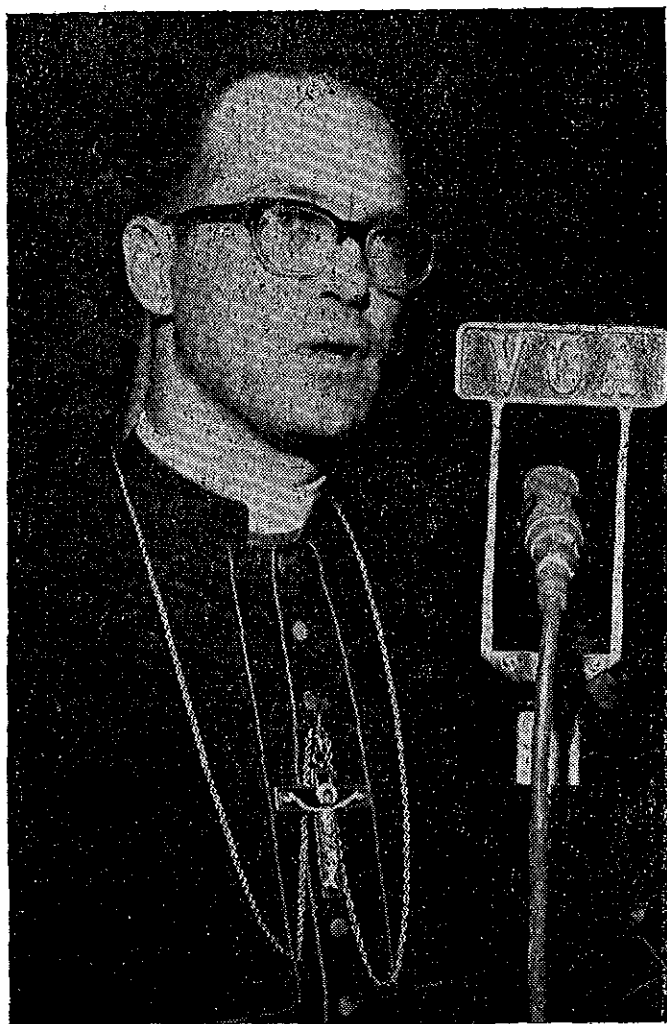


La Doctrina del Progreso

MONSEÑOR MARCOS McGRATH, CSC,
Obispo de Santiago de Veraguas, Panamá

Hubo épocas en que una excesiva espiritualización de la Iglesia podía hacer perder de vista la necesidad del progreso material. Ocasiones cuando la Iglesia debía oponerse contundentemente a doctrinas del progreso. Una sociedad aristocrática, rural y estática se está convirtiendo en otra democrática, urbana y dinámica. Una masa iletrada, pobre, ni puede contribuir técnicamente al desarrollo industrial y comercial de nuestros países ni ofrece un mercado capaz de consumir los productos que se les quisieran vender. La época de la política de grupitos de intereses creados, que llega al gobierno mediante promesas insinceras y la compra más o menos solapada del poder, está llegando a su fin. O se incorpora positivamente al pueblo en la verdadera democracia, tanto económica como social y política, o la masa frustrada irrumpirá en violencias, azuzada por las promesas fáciles de falsos profetas.



No pretendo hablar de estas materias como si fuera economista o empresario, pues no lo soy. Hablaré como lo que soy, obispo y teólogo. Si ustedes se concentran sobre los aspectos económicos del progreso de nuestros países, nosotros los obispos también dedicamos largas horas de estudio y de discusión al tema del progreso. Dentro de un mes más de dos mil obispos de todo el mundo se reunirán por la tercera vez en el Vaticano para discutir no sólo la Iglesia sino la Iglesia y el mundo actual, la Iglesia y el ideal de progreso que embarga todo nuestro mundo actual. Es preciso que nos escuchemos mutuamente. Los obispos en concilio se benefician de la presencia y de los consejos de expertos en materias económicas y sociales, porque la doctrina cristiana que enseñan ha de tocar las realidades de la vida diaria de los hombres. Ustedes, hoy y frecuentemente, experimentan la necesidad de orientaciones amplias, humanas y espirituales, sobre las razones mismas que han de justificar y moderar el progreso económico. Hay veces cuando una doctrina cristiana por verdadera que sea puede resultar altamente perjudicial, si se la predica sin referencia a las circunstancias concretas en que viven los hombres. De igual manera, la concentración exclusiva en los factores económicos del progreso podría conducirnos a la destrucción de los valores más altos de nuestra cultura, de nuestra civilización y de nuestra fe en Dios y en el hombre.

El Papa Paulo VI, hablando del desarrollo de nuestros países de América Latina, dijo claramente: "Que no se repita lo de Europa... Una mirada sobre el pasado reciente

de Europa industrializada puede ser rica en enseñanzas a este respecto. Sus progresos técnicos y materiales han sido maravillosos, ciertos, y nadie se atreverá a negarlos. Pero se ha podido deplorar, y con razón, el que le falte precisamente lo que un célebre filósofo contemporáneo llamaba el "suplemento del alma" que le permitiera asimilar plenamente estas rápidas y nuevas adquisiciones y sacar de ellas todo el partido que el hombre podía y debía sacar en favor de la sociedad. ¿Se volverán a repetir estos errores en las nuevas naciones, no proveyendo paralelamente al progreso material, el progreso moral y espiritual que únicamente puede equilibrarla?" (9 de Mayo, 1964). "La dominación excesiva de la técnica", dice el mismo Papa en otro discurso, "podría asfixiar todas las otras exigencias, llegando incluso a olvidarse de la gran dimensión espiritual, la única que da su valor al hombre de hoy y de siempre". (29 Mayo, 1964). En el mismo discurso el Papa afirma, "La doctrina social de la Iglesia enseña que no se debe olvidar jamás que el sujeto de la vida económica es la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo, con sus problemas espirituales y sus responsabilidades diarias."

Estas consideraciones nos interesan a todos, pero quizá principalmente a ustedes, por el insistente énfasis en nuestros tiempos en el factor económico. Hablando a los dirigentes de la Cámara de Comercio de Italia, el Papa les dijo en Febrero (13) de este año, "En el pasado hubo épocas que se distinguieron por otras exigencias, durante algunos siglos predominaron los problemas artísticos, en otros las exigencias militares, las necesidades de defensa, en nuestros tiempos prevalecen los problemas de la vida económica, tanto para adquirir los bienes y hacerlos útiles para la vida humana como para elevar su tenor y decoro". De ahí el peligro de subordinar el hombre, la persona humana, a la producción y a las técnicas de la producción. Debemos notar que este peligro es común al capitalismo y al comunismo. Su punto de partida en este respecto es a veces idéntico. El *laissez faire* del capitalismo del siglo pasado, todavía vigente en la mente de algunos capitalistas modernos, suponía leyes inexorables económicos que controlaban mecánicamente todo el desarrollo de la sociedad. El marxismo partió del mismo predicamento. El uno terminaba en el individualismo, el "survival of the fittest", con todos los abusos perpetrados contra los obreros indefensos que fueron tan fuertemente condenados por el Papa León XIII a fines del siglo XIX. El otro, el marxismo, termina en el aplastamiento del individuo, con todos sus derechos personales, en aras de una supuesta sociedad sin clases e impersonal. Ambos se olvidan del verdadero desarrollo, que ha de ser el desarrollo del hombre mismo en el uso de los bienes de

esta tierra y no de los bienes de esta tierra en el olvido del hombre.

Toda práctica, todo método, toda técnica al servicio del hombre ha de responder a una idea. La técnica del desarrollo económico ha de responder a una idea del hombre, lo que es y lo que constituye el verdadero progreso humano.

Hemos de hacer una pausa, nosotros, para preguntarnos sobre el progreso que suponemos como la meta de todos nuestros esfuerzos.

Toda nuestra sociedad no sólo occidental sino mundial está impregnada de esta noción de progreso, de desarrollo. Necesitamos una doctrina al respecto, una justificación, una ideología, una orientación. De no tenerla podremos caer sin darnos cuenta en actitudes y prácticas radicalmente materialistas y fácilmente convertibles en práctica y teoría marxista. Por lo mismo, no nos debe sorprender si la pesada insistencia de la propaganda comercial capitalista en una vida más cómoda como meta suprema de cada hombre despierta en nuestras masas una sed frenética del bienestar meramente material cuya consecución más rápida podría bien encontrarse en el comunismo. "Que no se repita lo de Europa", dijo el Papa Paulo. No nos olvidemos que el comunismo en Italia está más fuertemente instalado en el Norte del país, el sector más industrializado, donde existe el estandard de vida más elevado del país.

El materialismo capitalista hasta trae consigo un peligro que el comunismo en principio excluye: el peligro de la corrupción y degeneración de las mores y de los valores de una sociedad por el cultivo descontrolado del motivo de ganancias, el "profit motive". Por supuesto este motivo es en sí legítimo y sano; es consecuencia del derecho a la propiedad privada, y es uno de los principales motores del progreso económico. Pero como todos los derechos se puede abusar y de hecho se abusa. Un abuso patente es el acaparamiento de las tierras y de los demás medios y frutos de la producción económica en desmedro del derecho de los demás de poseer, de trabajar y de gozar de una vida material digna del hombre. Otro abuso menos obvio es el cultivo sistemático de las pasiones o gustos más bajos del consumidor para lograr una mayor venta de cualquier producto: ejemplos de lo cual serían el sensacionalismo en la prensa, el sexualismo en el cine y en mucha literatura moderna, la banalidad de muchos de los programas de televisión, y el fomento por los avisos comerciales en general de una sed exagerada e insaciable de cosas y placeres meramente materiales. Todo esto rebaja el tono de nuestra civilización,

milita contra todos los valores intelectuales, artísticos y morales, y tienden a convertir al público consumidor en una manada de vacas gordas, contentas e insípidas. El sólo mencionar el problema basta para señalar el hecho de una responsabilidad social generalmente desconocida por los que trabajan en estos sectores. Los medios de comunicación (prensa, radio, cine, televisión) como todas las industrias o servicios que venden al público deben servir al hombre y no esclavizarlo, lo deben edificar y no embrutecer. Si puede objetar que los males que describo caracterizan a las economías de abundancia, como la de los Estados Unidos más que a nuestras economías de escasez. Es cierto. Sin embargo, las capas económicamente superiores de nuestras sociedades son profundamente afectadas por estas tendencias, por la misma mentalidad, lo que tiende a producir en ellas una superficialidad egoísta y un cierto "escapismo" y descuido con respecto a lo que deben tratar de hacer para ayudar a levantar a las clases menos privilegiadas. Además, y para más remate, el espíritu que hemos descrito contagia también a nuestros pobres y se convierte en el deseo afanoso de placeres y objetos de lujo a menudo en lugar de lo primordialmente necesario para familia y hogar.

Podemos afirmar sin ambages que la noción del progreso como un bien es propiamente Occidental, es decir fruto de la revelación judía-cristiana. Las grandes religiones Orientales, como la mayoría de las demás religiones indígenas del resto del mundo, se desafiaban del mundo material. El Oriental buscaba librarse de él, recluyéndose en su espíritu para poder finalmente desaparecer en el gran espíritu, la Nirvana, la nada personal. En cambio, desde la primera página de la Biblia la tónica de la revelación judía-cristiana es positiva. La tierra se ha dado al hombre para que la pueble, la domine y la someta a sí mismo por la gloria de Dios. Es este impulso hacia una vida mejor en esta tierra, que debe consumarse en la revelación final de la vida futura que tanto anhela el creyente judío y cristiano, que se valió del genio filosófico del griego y jurídico del romano para crear el genio europeo, a través de la larga maduración del Medioevo, que culminó en el ascenso casi vertical que llamamos el Renacimiento de las ciencias y artes y la revolución industrial y social que resultó de su aplicación al mundo material.

La Iglesia predica e impulsa el progreso. No podría menos que regocijarse de la progresiva dominación del mundo por la ciencia y técnica que caracteriza a nuestros tiempos, y de hecho el testimonio de las encíclicas papales en este siglo es elocuente sobre este punto. Sin embargo, a menudo la Iglesia ha podido aparecer a muchos como el ene-

migo del progreso, e incluso, en ciertos casos, como en el Syllabus de Errores del Papa Pío IX en el año 1864, ella misma se declaró contraria a la noción entonces corriente del progreso. La razón de esta paradoja no es difícil de encontrar. Hubo épocas en que una excesiva espiritualización de la Iglesia podía hacer perder de vista la necesidad del progreso material, parte integrante del progreso total humano; y hubo, por otra parte, muchas ocasiones cuando la Iglesia debía oponerse contundentemente a doctrinas del progreso que fueron neta y exclusivamente limitadas a una visión material o meramente temporal. Sin embargo, la noción del progreso hacia lo mejor siempre ha latido en el corazón del Occidente por la fuerza espiritual que recibía de su testamento fundamental que es la tradición bíblica. No es por accidente que el comunismo haya nacido de Europa. ¿Qué es sino una versión truncada, limitada a lo material, de la esperanza cristiana de un mundo mejor?

La doctrina bíblica del progreso se basa en otro elemento fundamental —el valor insondable de cada persona humana—. De ahí se puede comprender la relación personal de cada hombre a Dios, y las relaciones de justicia y de caridad que deben existir entre todos los hombres. Sólo el Dios cristiano pudo haber declarado: "En verdad os digo, cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis". (Evangelio de San Mateo, Cap. 25, Vers. 40). De ahí la doctrina de la igualdad fundamental de todos los hombres, ajena a todas las sociedades no-cristianas de Oriente y Occidente, incluso a los antiguos griegos y los romanos. De ahí la progresiva evolución del concepto de la libertad de los esclavos como también de las naciones. De ahí la progresiva promoción de la mujer a una participación más plena y humana en la vida de la sociedad. De ahí el creciente sentido de la justicia debida a todo hombre, y de la justicia social en nuestros tiempos, que ha de ser el fruto de una sociedad organizada para el bien de cada persona que la integra. Nada podría ser más elocuente al respecto que las palabras del Papa Juan XXIII en su encíclica *Pacem in Terris*, pasaje largo pero que merece leerse por lo significativo de su contenido: "Todo ser humano tiene el derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De aquí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de vejez, de paro, y de cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad.

"Todo ser humano tiene el derecho na-

tural al debido respeto de su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas, para cultivar cualquier arte y finalmente para tener una objetiva información de los sucesos públicos.

"También nace de la naturaleza humana el derecho a participar de los bienes de la cultura y por tanto el derecho a una instrucción fundamental y a una formación técnico-profesional de acuerdo con el grado de desarrollo de la propia comunidad política. Y para esto se debe facilitar el acceso a los grados más altos de la instrucción según los méritos personales, de tal manera que los hombres, en cuanto es posible, puedan ocupar puestos y responsabilidades en la vida social conformes a sus aptitudes y a las capacidades adquiridas.

"Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada y públicamente". El Papa sigue detallando los derechos de elegir el propio estado, de asociación, de emigración e inmigración y los derechos políticos. Después pasa a detallar los deberes del hombre hacia el prójimo, individualmente y en sociedad, pues la misma dignidad de la persona humana que exige los derechos de uno, le imponen respeto por los derechos de los demás.

De esto se desprende una magnífica doctrina del progreso. Los hombres debemos buscar un dominio cada vez más amplio del mundo material, por la ciencia y la técnica, para que sirva al hombre en vez de aplastarlo. Así sólo podrán todos crecer en conocimiento, en refinamiento, en el amor y servicio mutuo en el amor de Dios de quien viene todo don de lo alto, en quien vivimos y tenemos todo nuestro ser.

No podemos desarrollar esta doctrina más, dado lo limitado de este discurso. Baste por el momento señalar la importancia para el cristiano, para el creyente, para todo hombre de apreciar el verdadero sentido del progreso, la dinámica de la historia, en toda su amplitud, un mundo mejor, un mundo más humano, un mundo por ende más espiritual porque más dueño de todo lo material en el servicio del espíritu.

Concretamente, esta doctrina se convierte por parte de la Iglesia en una actitud con respecto al progreso que ha de parecer ambivalente a quienes no consideran la unidad profunda de su visión del hombre. Por una parte es su deber excoriar a aquellos hombres que oprimen a sus hermanos y de lanzar llamados fervientes en favor de la justicia y

de la caridad, en la labor social común para asegurar a todos los hombres los derechos que son suyos por naturaleza, por otra parte ha de rechazar la tendencia de muchos de hacer equivaler estos derechos a un mero mejoramiento del bienestar material de uno u otro, al mero factor económico.

Vivimos en América Latina hoy un período de transición. Una sociedad aristocrática, rural y estática se está convirtiendo en otra democrática, urbana y dinámica —es decir, sujeta a cambios continuos y rápidos en todo orden—. El antiguo cumplimiento de la justicia y de la caridad, que era paternalista y casi plácida, ahora resulta gravemente insuficiente. Por primera vez, gracias a los adelantos modernos, es posible dar a todos los hombres la posibilidad de acceder a todos aquellos derechos que acabamos de oír descritos por el Papa Juan XXIII. Es preciso trabajar para que todos puedan conseguirlos, y este trabajo requiere un sentido a la vez humano, espiritual y social que frecuentemente falta entre los más privilegiados de nuestros países. Demasiado a menudo el individualismo que hemos heredado del capitalista *laissez faire* del siglo pasado dicta actitudes egoístas por las cuales los que pueden mejoran su situación, valiéndose de su poder económico y político para hacerlo, pero dejando a la gran mayoría donde han estado por tantos siglos pasados.

Estas actitudes son suicidas. En primer término, desde el punto de vista económico, una masa iletrada, pobre, ni puede contribuir técnicamente al desarrollo industrial y comercial de nuestros países, ni ofrece un mercado capaz de consumir los productos que se les quisieran vender. En segundo término, esta misma masa está ya en movimiento. El sueño de la vida mejor se le ha despertado y no se apaciguará hasta conseguirla. La época de la política de grupitos de intereses creados, que llega al gobierno mediante promesas insinceras y la compra más o menos solapada del poder, está llegando a su fin. O se incorpora positivamente al pueblo en la verdadera democracia, tanto económica como social y política, o la masa frustrada irrumpirá en violencias, azuzada por las promesas fáciles de falsos profetas. Es necesario comunicar un realismo respecto al progreso económico-social deseado y posible para nuestros países. El progreso económico-social no se realiza en un día, es fruto de largos y penosos esfuerzos. Hablar de otra manera es engañar. Pero hay que dar la prueba de hacer lo que podamos.

Es para ustedes, pensar en estos problemas y de sus problemas frente a ellos. Cada empresa envuelve una responsabilidad social. No es sólo un medio para lograr ganancias, es también una manera de dar trabajo. El

talento, la propiedad, el capital, hasta el tiempo de uno —todos tienen un sentido y una función social—. Los terrenos baldíos y descuidados representan una injusticia donde hay al lado campesinos sin tierras para trabajar; lo mismo que el capital inactivo donde hay obreros cesantes. Puede ser que el estado entre a confiscar estas tierras o a quitar este capital mediante impuestos. Mucho mejor habría sido si encontraran su utilización social por voluntad positiva de quien era su dueño.

Son sólo ejemplos que doy, y muy generales. Podrían tocarse muchos otros. Lo importante es la necesidad de pensar socialmente. Cada empresario debe hacerlo, y cada asociación de empresarios. Deben ellos promover la formación de nuestras masas, para que dejen de ser masas y empiecen a ser personas en verdad. No se trata, pues sólo de ayudar con dádivas. La mejor ayuda es la que permite a la persona formarse y evolver hacia el pleno desempeño de sus derechos y deberes en una sociedad libre. Así son: la educación vocacional, que permite al obrero rendir más y mejorar su situación y la de su familia; la educación general, que permite al hombre leer y escribir, ser más listo en una sociedad competitiva y gozar más de algunos elementos de la cultura moderna; la formación de cooperativas que refuerzan la situación económica de los miembros mientras ellos se auto-educan en la cooperación libre, a base de propiedad privada y responsabilidad individual, la mejor escuela para una democracia estable y respetuosa de los derechos de todos los ciudadanos; preparación de los obreros en sus propias escuelas para la organización de sus sindicatos y demás asociaciones, etc., etc.

Nadie puede menoscabar la magnitud de la empresa económica que enfrenta América Latina hoy. Lo que de por sí es enorme se complica cada día más por el acelerado crecimiento de nuestras poblaciones. Nada es fácil. Es la hora de prueba de nuestro continente, en que ha de resumir en una generación todas las revoluciones industriales, sociales y demográficas que ocurrieron a lo largo de 150 años en Europa y Norte América.

No es la Iglesia la que realizará la enorme tarea económica-social que está por delante; es decir, no es la Iglesia como institución ni como autoridad. Son más bien los miembros de la Iglesia, como lo son muchos de ustedes, en su calidad de ciudadanos, junto con todos los ciudadanos de buena voluntad. La tarea de la Iglesia es de animarlos todos a la tarea, y de hacer lo posible para iluminarles el camino con la luz de aquellos principios de justicia y caridad, basados en la eminente dignidad de cada hombre, sujeto y hacedor de la historia, que son la esencia misma de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Elogio del Obispo McGrath a los concurrentes del Curso INCAE-Harvard

"No se puede menos que admirar el esfuerzo que ustedes han hecho en estas últimas semanas, han dejado sus respectivas obligaciones profesionales y familiares para volver a la sala de clase. Han escuchado los datos pertinentes de una serie de posibles iniciativas económicas en todos los campos, los han estudiado individualmente y en común, han escuchado las razones de expertos en la materia, y han buscado las formas más factibles para la realización de los pretendidos proyectos. Esta experiencia les ha servido a ustedes enormemente. Han refrescado su conocimiento de los principios económicos, sociales y administrativos de la conducción de empresas, de "business management". Han ampliado sus horizontes. Y lo han hecho en común. En vez de ser competidores aquí, han colaborado en la búsqueda de las soluciones más aptas a los problemas que se les han presentado. Han creado a alto nivel un "mercado común" de ideas y de técnicas eficaces para el desarrollo económico de Centro América y Panamá. Ustedes se habrán beneficiado y todos nuestros países deben también ser los beneficiarios. Hay muchos defectos que dificultan el desarrollo económico de nuestros países, y entre ellos, sin lugar a duda, uno de los principales es el atraso y el desconocimiento en la práctica de los métodos comprobados en la conducción efectiva de las oficinas y empresas comerciales de toda índole: "bad business management" métodos anticuados, improductivos, propios de otra época, de otra sociedad, de otra economía. El capital y el trabajo mal manejados, poco rendirán. Es así que todos tenemos el derecho de esperar resultados alentadores del encuentro que ahora termina, y de otros similares que sin lugar a duda deben hacerse con la participación de ustedes y de muchos de sus colegas y competidores.